

Entre el olvido y la neblina

Julieta Belmonte

Image not found.

Capítulo 1

Como desearía estar en casa.

Las noches de frío en Rumania son crueles, más cuando la tormenta no deja de agitar las ramas de los árboles y la lluvia no deja de golpear violentamente contra la ventana. La soledad que me acompaña no es de la que acostumbro, y a diferencia de mi vieja amiga, esta me ahoga en mis pensamientos y no me deja descansar. Los truenos estremecen los cuadros sobre la repisa y las sombras se amplifican por la luz de la luna creando un ambiente pesado, casi perfecto para las desgracias. Me recosté una vez más, cerrando los ojos con fuerza y usando la almohada para amortiguar los fuertes ruidos de la naturaleza. Duerme dulce niño, que el sol lo secará todo cantarí mi madre si estuviera conmigo, si no tuviéramos 12.511,42 de kilómetros separándonos. Si no estuviera en casa, tranquila, leyendo algún libro o descansando sin miedo, sin estar con un ojo cerrado y otro abierto. Temiendo por la seguridad de su hijo, el monstruo.

Alejé los pensamientos destructivos y comencé a pensar en todo lo que cambiaría mi vida a partir de mañana, como todo sería nuevo y como nada de lo que conocía o mis costumbres me ayudarían. Mañana es el "gran día" como mi madre, el día en que las cosas van a cambiar, mejorar en un millón y todas esas tonterías que dice mi madre a través del teléfono para tranquilizarme, para su propia tranquilidad. Pero ambos sabemos que nuestra vida jamás será tranquila.

Arrancar en una nueva escuela el último año antes de la universidad es un horror. Una desgracia para cualquier persona con las ganas de tener un poco de vida social. Pero para mí es mi último año, el último en que alguien va a poder decidir sobre mí. Mi último año antes de ser la persona que creo que quiero ser y no el fantasma de lo que fui.

Hay algo que está mal en mí, una clase de oscuridad que nunca había sentido, como si fuera un pedazo de tierra seca que solo raspa contra la piel y que se siente incómoda en su estado, pero que por sí misma no puede hacer nada. No siempre fui así, hubo un tiempo en que a pesar de mi soledad estaba en paz con mi persona, que podía soportar verme al espejo sin querer romper el vidrio o sin sentir arcadas. Esto no me tendría que estar pasando, no tengo derecho a una segunda oportunidad, a una vida llena de ellas. No tengo derecho a pensar en una posible felicidad o no sentirme miserable todo el tiempo. Yo tendría que haber muerto. Dejo escapar un suspiro cansado, expulsando todo el aire en mis pulmones hasta que se vuelve insoportable, hasta que mis ojos empiezan a nublarse y es imposible no volver a respirar. Mis ojos se humedecen

pero parpadeo, alejando también pensamientos autodestructivos.

La habitación es inmensa; techos altos y pisos de madera vieja, paredes color crema y muebles de madera oscura. Muchos detalles en azul. En extremo decorada. El baño también tiene la misma decoración salvo que los azulejos son blancos como la nieve y en la bañera puede entrar un basquetbolista de tres metros y doscientos kilos. Todo se maneja con magia. Magia. Nada de agua caliente común, sino aguas termales con un olor asqueroso, nada de estufas sino un calor sobrenatural, como si todo el lugar estuviera encerrado en una burbuja que se mantiene en los 20 grados dentro y 16 fuera. Todavía no me acostumbro, no me hago a la idea de que la magia existe y que yo, dentro de todo, tengo algo que ver con esto.

Estiro mi cuerpo bajo las sábanas de algodón y prendo la luz de la mesita que tengo unida a la cabecera de la cama. Inmediatamente las sombras se retiran y la luz artificial ilumina los posters de bandas británicas, un estante lleno de libros en francés y discos de rap que pensé que ya no se conseguían. Fuera quien fuese mi compañero de cuarto, tenía un gusto bastante aceptable. Me levanté de la cama y me senté en mi escritorio donde haría las tareas de este año –si es que mandaban alguna, no me dio esa sensación- y del cajón saqué un cuaderno del que solo yo sabía, en donde hacía lo que me había recomendado mi psicóloga. Contarle a alguien, a algo, toda la verdad.

Comienzo en una hoja nueva, un recordatorio de que siempre se puede volver a empezar y contar nuevas historias. El único problema es que no me siento con la fuerza suficiente como para seguir viviendo esta farsa, esta imagen que doy de persona superada, de alguien que no enfrenta pesadillas dentro y fuera del campo de los sueños. Dejo escapar otro suspiro mientras paso mis manos por mi cabello, tirando un poco para despejarme. Bajo la vista, agarro una lapicera y me centro en la hoja lisa color mate. Después de un segundo arranco a escribir.

Lista de cosas que se hasta el momento:

- 1) Soy un monstruo
- 2) No merezco una segunda oportunidad
- 3) Él debería seguir vivo
- 4) Odio mi vida, me odio
- 5) No sé qué hacer

Si hace unos tres años hubiera leído esta lista estaría asustado, pediría ayuda a mi madre o me iría junto a mi abuela al campo. Pero hoy, en el lugar que me encuentro ahora y después de todas las cosas que sucedieron este último año... todo es distinto y yo soy otra persona completamente nueva. Un ser que no debería existir, algo despreciable. Las lágrimas corren libremente por mi rostro y no me molesto en

secarlas. Lo único en lo que puedo pensar es en todas las cosas malas que hice, en todo lo que podría haber hecho para evitar esto, en todo lo que debería haber hecho para evitarlo. Aunque había pasado un tiempo considerable, nunca le conté a nadie todo lo que había pasado esa noche, ni siquiera a mi madre o a la psicóloga que me había pagado el Señor Slade. Y ahora, protegido por la oscuridad y por la soledad, deje salir todo.

<< Nunca había sentido nada como esto, no había palabras para explicar lo que me pasaba.

Siempre fui el bicho raro, el marginado, la escoria. Siempre me habían hecho diferencia quizás, porque mi apariencia no ayudaba a conectar. Quizás porque las personas no estaban acostumbradas a que las miraran a los ojos, o que la persona que lo estuviera mirando sea un lobo con piel de oveja. El tema es que siempre estuve solo, pero como no molestaba a nadie no me tenían en cuenta a la hora de repartir dolor. Agradecía que no quisieran golpearme o me robaran mis pertenencias, pero al menos de esta manera existiría una interacción, un contacto con algo humano. Yo no existía para nadie salvo para mi madre.

Pero todo cambió cuando Marco se enteró de mi existencia y lo divertido que sería molestarme.

Primero fueron carteles infantiles, que ensuciaran mi escritorio, que llenaran mi mochila de comida podrida o empujarme en los pasillos del colegio. Él y su grupo se encargaban de hacérmela difícil pero aunque me atacaran eran ellos los que terminaba enojados, molestos de que no reaccionara, que no pidiera perdón, que no llorara o me denigrara pidiendo que pararan. Por eso, una tarde de tormenta y a la salida del colegio Marco me esperaba en la esquina. No estaba acompañado de sus matones por lo que pensé que estaba esperando a alguien, y en efecto, me estaba esperando a mí.

Vamos – fue lo único que dijo antes de agarrarme por el hombro y arrastrarme hacia un callejón. En ese horario nadie estaba por la zona y mucho menos se meterían en un callejón oscuro y con olor a basura rancia. Pero a él no le importó arrastrarnos a ese lugar. Cuando llegamos al fondo me empujó contra la pared. Sus ojos color avellana me observaban, analizando alguna muestra de dolor o de incomodidad. Yo por mi parte solo sentía curiosidad.

¿Tenés algún tipo de enfermedad que te impida sentir dolor o algo así? – preguntó mientras se cruzaba de brazos y me observaba.

No – le respondí, mirándolo directamente a los ojos. Cuando nuestras miradas conectaron se estremeció un poco, pero no apartó su mirada. Después de unos minutos de silencio se acercó un poco a mí e inclinó su cabeza ya que le sacaba unos cinco centímetros de altura.

Tus ojos son raros – dijo lentamente, como si saboreara cada palabra que

decía. – Nunca había visto unos de ese color. ¿Son lentes de contacto? – Me ruborice un poco porque no esperaba esta conversación, solo intimidación y quizás unos golpes. Pero esto no era lo que esperaba de Marco, y reconocía que me sentía un poco decepcionado.

No. Supongo que mi padre era extranjero y su genética bastante particular – Pensé en el color azul cobalto de mis ojos y en la profundidad de mi mirada. Era repelente para casi todas las personas que había conocido y más teniendo en cuenta mi palidez extrema y en el color de mi pelo, negro azabache.

Son... agradables. No los había notado hasta ahora. – Se alejó unos metros y miró a la calle. Tenía un lindo perfil con sus ojos marrones y sus pecas, su cabello color arena también era lindo y su bronceado me hacía acordar a las personas que van mucho a la playa. No me extrañaría que oliera como el mar.

Oh, bueno. Yo me tengo que ir. Está oscureciendo y no quiero preocupar a mi madre.- dije estúpidamente, tratando de quitarme de encima esos incómodos silencios. Él se giró y luego de mirarme me hizo la pregunta más extraña que jamás me hicieron.

¿Puedo acompañarte? – No esperaste a que te respondiera, no esperaste a que abriera siquiera la boca. Solo me agarraste por el hombro cuando quise pasar por tu lado y aunque eras más bajo que yo me sentí protegido. No sabía lo que tramabas, ni de cerca. No confiaba en vos, pero hacía tanto que no hablaba con nadie que no fuera mi madre que no pude resistirme, no vi las advertencias hasta que fue demasiado tarde. Bueno

Limpié nuevamente mis lágrimas y aunque tenía que dormir, seguí escribiendo.

Me gustas.

Recuerdo muy bien ese día, mucho después de nuestro primer encuentro, cuando durante el verano fuimos de camping. Las cosas estaban bien ahora y aunque no tenía amigos te tenía. Nos veíamos en secreto ya que no podías mostrarte normalmente con un matado, más teniendo en cuenta tu reputación graciosa de matón y por tu popularidad. Habíamos prendido un fuego y armado la carpa, los mosquitos nos rondaban pero el repelente cumplía su función, la noche era perfecta y aunque hacía calor corría un viento refrescante.

Recuerdo que te sentaste a mi lado en el tronco y tomaste mi mano. Examinaste mis dedos, mi muñeca, su flexibilidad. Yo solo podía mirar la concentración en tu rostro, en como mirabas mi mano como si fuera algo que nunca habías visto, algo único, algo importante.

Es injusto que tus manos sean más grandes que las mías. Es totalmente injusto que seas más alto que yo – dijiste, y yo solo pude asentir porque no había otra cosa que hacer o que decir. No era bueno hablando y eso no

iba a cambiar. Soltaste mi mano y tomaste con las tuyas mi rostro, cuando nuestras miradas chocaron volviste a hablar. Me gustas, me gustas mucho. Y eso me enferma.

Yo no sabía qué hacer ni mucho menos que decir, pareciera que en ese momento mi cerebro se había derretido y la capacidad de unir letras y palabras en una conversación sobrepasaba mis límites. Por lo que me deje estar cuando uniste nuestros labios. Mi primer beso, uno de los que tuviste.

Recuerdo esa noche, cuando nos metimos al lago y nos besamos hasta que la palabra perdió el sentido, hasta que no supe donde terminaba mi ser y donde comenzaba el tuyo. También recuerdo lo que sucedió en la carpa y en todo lo que pude ver a pesar de la oscuridad. También, meses después, entendí tus palabras. Lo mucho que te molestaba que fuese yo, que tuvieras esas inclinaciones detestables conmigo.

Te amo – suspiraste cuando caímos uno al lado del otro, tu mano sobre mi pecho. Yo sabía que no lo decías en serio, para vos amar era un estado, algo que se curaba como la gripe y que duraba una semana. Yo no sabía si te amaba, no tenía con que comparar. Sé que esperabas a que dijera que yo también, pero nunca te había mentado y no iba a empezar esa noche. No me sentía capaz de hacerle frente a la vergüenza, por lo que puse mi mano sobre la tuya. Pude sentir tu sonrisa en mi hombro, como si supieras que habías ganado algo que yo no te había dado.

Fueron unos meses muy buenos, en los que nos veíamos cada noche a escondidas. No nos hablábamos en clases y tampoco cruzábamos miradas pero podía sentir tu presencia todo el tiempo, rondándome. Y aunque éramos opuestos, nos complementábamos bien. Era feliz a mi manera, teniendo pequeños momentos que cambiaban mi realidad. La vida ya no me parecía tan oscura, ni sentía que la mala suerte me rondaba. Sonreía todo el tiempo y era más consciente en algunas cosas que nunca había pensado, como en las relaciones sexuales entre hombres y en cómo hacer funcionar una relación entre chicos. Estaba tan absorto en mis pensamientos que no me di cuenta que mi madre lo había notado todo.

Fausto, ¿pasó algo bueno? – me dijo una noche después de comer, mientras mirábamos una película. Esta trataba de una mujer que estaba casada pero que le era infiel con otro hombre. Las relaciones eran complicadas, ser infiel es malo, las bolas de nieve pueden matarte, anoté todo mentalmente.

No mucho que decir, solo que me gusta alguien y yo le gustó... pero él no quiere que nos vean juntos. – le dije, porque yo no tenía secretos con ella. Mi madre me miró por unos segundos antes de abrazarme fuerte. Solo mereces felicidad, y si él es lo suficientemente tonto como para no presumirte o tener una relación normal... no te merece. – Sus ojos estaban llenos de lágrimas y yo entendía, no era tonto. Pero su amor por

mi superaba cualquier prejuicio. Le di un beso en la frente y subí a mi habitación. Durante una semana Marco no aparecía y los rumores que había escuchado eran aterradores como para darle un segundo pensamiento. Lo habían visto saliendo con una chica de nuestra clase. No entendía que era lo que había hecho mal como para que hiciera eso, como para pasar su tiempo libre con ella. Pero todos estos pensamientos se esfumaron cuando entré a mi habitación y lo encontré sentado en mi cama con la luz del velador iluminando una parte de su cuerpo. Al ver su rostro sentí que todo lo que venía soportando, todo lo que hacía por él valía la pena. Él se paró y me abrazó.

Lo siento tanto, pero esto no puede seguir. – Fue lo único que dijiste antes de besarme, antes de hacerme saber que yo ya no formaría parte de tu vida porque no éramos amigos y ahora no éramos nada. No sabía qué hacer, que decir, como actuar frente al chico que creía amar y aceptar todo lo que me decía. Mi vida no era buena y había llegado a la conclusión de que no merecía nada, que todo lo que me pasaba tenía una razón de ser. Yo no pertenecía a ninguna parte, no le podía pertenecer a nadie y tampoco nadie sería mío. Los dolores de cabeza que siempre me acechaban acuchillaron mi cerebro y todo en mi campo de vista se nubló. Fau, ¿estás bien? - No, no lo estaba y no creía que lo estaría en mucho tiempo, por un momento temí convertirme en el actor de la película y estamparle la lámpara en la cabeza, pero eso requería fuerza y yo la había perdido toda. Me senté en el borde de mi cama y traté de alcanzar el cajón de la mesa de luz. Ahí estaban las pastillas, podía alcanzarlas. Pero Marco estaba en el medio.

Cielo santo, tu nariz. ¿Qué hago? - gritó mientras limpiaba mi nariz que definitivamente estaba sangrando. Yo solo podía sentir mi dolor de cabeza, como si llenaras un globo de aire y solo faltara un soplo más para estallar. Así había sido por unos cinco meses, acumulando y acumulando estrés, lastima y pesar. Y lo único bueno que había tenido, lo único puro en mi vida me estaba dejando. Porque a la larga o la corta todo lo que amaba me terminaba dejando o era lastimado.

Vete – Logré decirle mientras me arrastraba sobre la cama, alejándome de él, del dolor. Pero él era terco, y no me iba a dejar mientras me estuviera retorciendo. Lo haría después. – Déjame en paz. Ándate antes de que mi mamá escuche y suba.

No puedo dejarte así... - que ridículo, no puede dejarme así pero si puede hacerlo cuando estoy bien. Solo atiné a mirarlo antes de soltarle toda una lista de insultos que nunca había dicho pero que había pensado, pero sus ojos fueron lo único que me frenaron. Estaba asustado, aterrado de lo que podía pasar. Saqué fuerza de donde no tenía para incorporarme y pedirle un vaso de agua y las pastillas que estaban guardadas. Necesitaba calmarme. El me alcanzó rápidamente las cosas y una vez que me calmé y el dolor de cabeza solo era un zumbido molesto, pude hablarle con la cabeza casi clara.

Marco, hace lo que quieras. Si quieres dejarme no te lo voy a impedir - Sabía que esto iba a pasar en cualquier momento solo... solo que no pensé que sería tan pronto.

¿Es lo único que vas a decir? – gritó enloquecido, con los ojos a punto de salirse de sus cuencas – Casi te morís en frente mío y no vas a decir nada más que “hace lo que quieras” ¿Estás enfermo?

Creo que sí. Definitivamente hay algo mal, pero no me llevo bien con los hospitales y los dolores de cabeza solo pasan de vez en cuando. Por lo general es solo un zumbido, como una interferencia. Y aunque es molesta puedo soportarlo.

Puede ser grave... no estas entendiendo la gravedad de esto. ¡No seas idiota!- gritó mientras me agarraba de los hombros y trababa su mirada con la mía. Sabía que mis ojos estarían inyectados en sangre y lágrimas, que no podría aguantarlas mucho más. Algo en su semblante se suavizó y depositó un beso en mi frente. Se sentó a horcajadas y rodeo mi cuello con sus brazos.

Mi padre lo descubrió todo. Me vio escapando y me siguió. Él... estuvo la última noche que vine y creo que vio algo más que nuestras conversaciones. Me amenazó, con quitarme todo lo que amo, con enviarme lejos, con algo más que castigo físico. Me amenazó con matarte. Sabes que mi padre es un loco, que fue el que me impulsó a dar esta imagen de salvaje que no soy. Y aunque te quiero, aunque te amo con todo lo que soy... Amo mi vida y no quiero dejarlo solo por alguien. Puede que suene frío y frívolo, pero es la verdad. Empecé a salir con Sophie para alejar a mi padre, para que vea que esto fue una clase de fase rebelde y no algo serio, no lo que fue.

Entonces esto no es amor. Yo lo dejaría todo por vos, pelearía contra cualquiera que me quiera sacar lo máspreciado que tengo, escaparía o no sé, no sería cobarde- En ese momento me di cuenta de que le estaba mintiendo, aunque haría eso por él sentía que no lo amaba lo suficiente, solo pensaba en él como una manera más de escapar de la soledad. No es cuestión de ser cobardes, es cuestión de elegir. Me tildas de cobarde y sin embargo fui el único de los dos que se jugó más que una posición social. Es injusto que me estés recriminando cuando vos no quieres nada de tu vida, por eso es que no puedes comprender de que hay muchas cosas que amo y que puedo perder. Vos no te amas ni a vos mismo. – las palabras se incrustaron en mi cabeza como machetazos, haciendo cortes profundos. Yo ya sabía demasiado de mí como para tener que escuchar de su boca todo lo que hacía mal. El dolor de cabeza regresó con intensidad.

No sabes lo que decís... - dije, pero ambos sabíamos que tenía razón. Pero yo no iba a dar mi brazo a torcer. Me levanté como pude y traté de entrar al baño pero él me lo impidió.

Estamos discutiendo, no huyas como con todo. ¡Se hombre!- me empujó y caí en una espiral roja de locura, un pozo del que no iba a salir nunca más. Un agujero que me tragó y atrapó en su interior. >>

No recuerdo mucho lo que pasó ese día o los que le siguieron, solo sé que cuando volví en mí todo era un desastre. Las cosas estaban desparramadas por todos lados, los vidrios rotos, los elementos

electrónicos derretidos y Marco... Marco estaba tirado en el piso y no necesite de nada para saber que estaba muerto, que lo había matado.